

CONSEJOS A LOS NIÑOS

Algo sobre los animalitos



EL LEON

El león, llamado vulgarmente el rey de la selva, es un animal carnívoro mamífero. El león es un animal de mal carácter, que si se le dan patadas, muerde. Los niños no deben subirse encima de los leones y mucho menos tirarles del rabo, porque se pueden enfurecer y tienen un genio terrible. El león domesticado es manso y lame las manos de sus amiguitos. El león se usa mucho en los circos, también se usa para anunciar una marca de películas y para que haga bonito en la puerta de los Congresos, aunque estos últimos son de bronce o mármol. El león no pía ni canta como los pájaros, el león ruga como un perro, pero más.



EL ELEFANTE

El elefante es un animal mamífero grande. El elefante, cuidándolo, es cariñoso y dócil. A veces el elefante pisa a algún niño sin querer y lo lastima, por eso, los niños, cuando vean un elefante, deben cuidar de no poner sus piecitos debajo de donde los vaya a poner el elefante, y es conveniente que cuando los niños vean en la calle un elefante procuren retirarse de él. El elefante es muy útil a la industria, del elefante se sacan bolas de billar, piel de elefante y carne de elefante. La carne de elefante bien condimentada es de mucho alimento. El elefante ni ruga, ni ladra, hace ruido, pero no tiene nombre.



EL BUITRE

El buitre es un pajarito parecido a todos los otros pajaritos, pero más gordo. Los niños deben desconfiar de los buitres, particularmente si están en la época del celo. El buitre se puede criar en casa, pero no es aconsejable, ya que es un ave de rapaña y puede lastimarles. Los buitres se alimentan de carroña, pero también, si se les enseña desde chiquitos, pueden alimentarse con alpiste. De cualquier modo, para los niños es más aconsejable el canario, que ocupa menos lugar que el buitre y es más dócil.

GILA



TARDE DE FEAS

Una tarde como otra, nada especial, anunció lo que después vendría. Por eso, cuando me encontré con el primer callo, no le di mayor importancia: es relativamente frecuente ir tan tranquilo por la calle y cruzarse una tía bien fea; le ha pasado a mucha gente, incluso a mí. Tampoco ocurrió nada cuando al pasar la calle o plaza que fuera vi, sentadas en un velador, hasta cuatro horribles completas, con sus piernas, sus falditas y todo el aparejo propio de sus sexos. Dije para mí: «Bueno, las chicas se han juntado ellas y han salido a dar una vuelta, porque hace bueno, y después, a propuesta de Gertrudis, han decidido sentarse en esta terraza a mirar a los tíos pasar. Muchas amigas lo hacen, o sea, que no era raro».

Entré después en los grandes almacenes, y en la sección a la que fui solía haber una nena hermosa, la hija de mi vida, y simpática, el angelito, que me atendía muy bien y me abría diversos apetitos. La vi de espaldas con su uniforme azulito celestillo y disfruté: «Ya verás cuando se vuelva». Jo, lo que se volvió: una fea, oye, de pronóstico, con una napia que le cruzaba la calle y encima con el cabreo negro que les cria no abrir apetitos. Me atendió de mala manera, no le compré nada y me fui. Iba ya nervioso, porque empecé a barruntar que la tarde se estaba torciendo y me esperaban duros tragos. No tuve que esperar mucho al siguiente: me lo prepararon ya en el ascensor: ¡Dios, qué trío de cazos, Santa María Egipcíaca, Virgen de la Sodedad y los Siete Niños de Ecijal ¡Y qué inmodestia! Hablando por los codos y enseñándose las compras, proyectando lo que iban a comprar y moviendo mucho las manos para que se les vieran las alianzas. Como hacen los guitarristas y los cantaores cuando se marcan las primeras quincallas.

Salí escapado del ascensor y miré a un lado y otro con un recelo empavorecido; lo intuía: en la sombra algún golpe se preparaba contra mí. Un sino adverso estaba aprestado para hacerme la pascua toda la puñetera tarde. ¿Era justo? Examiné mi vida en los últimos tiempos, cuando, perdido el camino recto, mis pasos habían ido vacilantes por la senda embarrada de la vida. ¿Era aquello un castigo? Por lo menos resultaba eso: nueve cazos en un corto lapso de tiempo era realmente una dosis de caballo. No tuve que esperar mucho, porque me crucé un colegio de bachillerantes horrosas; luego, un autobús de turistas se detuvo ante mí y se bajaron hasta cuarenta y cinco, de una cafetería (por mi flanco descuidado) salieron un chorro de feas, amigas ellas entre sí, que celebraban no sé qué y venían un poco colocadas, charlando como fieras... Retrocedí acordado y apoyé las espaldas en la pared, como hacen en el cine. No sabía qué hacer... Entonces, como un resquicio de esperanza, recordé mi niñez, mi pueblo, mi vida feliz y cuántas veces había rezado al patrón del pueblo. Quizá él pudiera salvarme de aquel duro trance como había salvado las cosechas enviando lluvia después de las oportunas rogativas. Alcé los ojos al cielo y determiné no arriesgarme a encontrar más feas que me pusieran al borde del infarto, hasta recibir una señal divina...

De pronto sucedió: se cubrió el cielo como si hubieran corrido una cortina y el patrón de mi pueblo hizo lo que sabía. Empezó a llover copiosamente, mucho y muy seguido, sin pausa, desatadamente, aunque con mansedumbre. Y así, mientras las feas se replegaban a sus bases, yo comencé a cruzar la plaza a nado para irme a casa. Al llegar levanté los ojos al cielo con renovada fe, y dije: «Gracias, Santísimo Patrón de mi pueblo».

AEMIUS

